

9N

9 NORTE

ENCUENTRO CON LA CULTURA

03:17

Fase III — Libro III de la trilogía «La línea delgada»



03:17

Iván Carbonero Mendía

03:17

Fase III — Libro III de la trilogía «La línea delgada»

Iván Carbonero Mendía

9Norte

© 2026 Iván Carbonero Mendía. Todos los derechos reservados.

Título: 03:17

Subtítulo: Fase III — Libro III de la trilogía «La línea delgada»

Autor: Iván Carbonero Mendía

Primera edición: 2026

ISBN: 978-84-125613-6-4

Depósito legal: LR 820-2026

Edita: PS09 S.L.

Sello editorial: 9Norte

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito del autor, salvo en los casos permitidos por la ley.

Esta obra es una ficción. Los hechos, personajes, entidades, organizaciones, procedimientos y situaciones descritos son ficticios o están dramatizados. Cualquier semejanza con personas, hechos, instituciones o situaciones reales es pura coincidencia.

Impreso en España.

A mis padres, por los
sinsabores
que les doy.

*«Hay sistemas que no destruyen
cuerpos: corrigen versiones.»*

— Archivo 317

*«La verdad no siempre desaparece. A
veces la archivan.»*

— Vega Santamaría

*«Seguir respirando sin pedir permiso
también es una forma de resistencia.»*

— Clara

ÍNDICE

PRÓLOGO	15
CAPÍTULO 1 — 03:17	19
CAPÍTULO 2 — EL PASILLO DE DETRÁS	25
CAPÍTULO 3 — CLARA	31
CAPÍTULO 4 — VEGA	35
CAPÍTULO 5 — NORA	41
CAPÍTULO 6 — ALTA	47
CAPÍTULO 7 — SEGUIMIENTO	55
CAPÍTULO 8 — CLARA Y EL PAPEL TIMBRADO	63
CAPÍTULO 9 — 00:12	71
CAPÍTULO 10 — LA TERMINAL	79
CAPÍTULO 11 — HUMEDAD	87
CAPÍTULO 12 — EL PRIMER NOMBRE	95
CAPÍTULO 13 — LA LISTA	103
CAPÍTULO 14 — LA SERVILETA	107
CAPÍTULO 15 — LA LLAMADA	111
CAPÍTULO 16 — LA GRIETA	115
CAPÍTULO 17 — EL MUELLE	119
CAPÍTULO 18 — APTO	123
CAPÍTULO 19 — EL PASILLO	127
CAPÍTULO 20 — PLANTA	133
CAPÍTULO 21 — CORRECCIÓN	139
CAPÍTULO 22 — HERENCIA	143
CAPÍTULO 23 — CEMENTO	147
CAPÍTULO 24 — ALTA LIMPIA	151

ÍNDICE

CAPÍTULO 25 — KILÓMETRO CERO	157
CAPÍTULO 26 — REGISTRO	163
CAPÍTULO 27 — ESPEJOS	167
CAPÍTULO 28 — MALETA	171
CAPÍTULO 29 — TRÁMITE	175
CAPÍTULO 30 — UMBRAL	179
CAPÍTULO 31 — TURNO	183
CAPÍTULO 32 — ARCHIVO	189
CAPÍTULO 33 — SUPERVIVENCIA	197
CAPÍTULO 34 — FIRMA	203
CAPÍTULO 35 — CIBERCAFÉ	209
CAPÍTULO 36 — DETRÁS DEL PASILLO	215
CAPÍTULO 37 — INCIDENCIA	223
CAPÍTULO 38 — ESPEJO	231
CAPÍTULO 39 — TESTIGO	237
CAPÍTULO 40 — DICCIONARIO	243
CAPÍTULO 41 — SINSABORES	249
CAPÍTULO 42 — DESCANSO	255
CAPÍTULO 43 — RÉPLICA	261
CAPÍTULO 44 — 03:18	267
EPÍLOGO	273
POSDATA	277
GLOSARIO	283
SOBRE EL AUTOR	285

PRÓLOGO

30 de agosto de 2025.

El aire no entraba.

Al principio fue un carraspeo ridículo, una tos sin dueño. Después, una presión en el pecho, como si alguien hubiera colocado una mano abierta sobre el esternón y empujara hacia abajo con paciencia.

Álvaro intentó incorporarse. No pudo. La habitación giró un cuarto de vuelta y, cuando regresó a su sitio, la pantalla del móvil seguía encendida sobre la mesilla. Un rectángulo azul que parecía demasiado lejos.

03:17.

Volvió a mirar. La cifra no cambiaba. No avanzaba. Como una hora clavada en la pared.

El timbre de la calle sonó una vez. Dos. Luego, pasos acelerados en la escalera. Voces que no distinguía. Una frase, nítida, antes de que el mundo se volviera algodón:

—No sueltes.

La puerta de casa se abrió. Una luz blanca inundó el salón y el olor a plástico, alcohol y metal lo arrastró hacia un lugar distinto: camilla, cinchas, manos con guantes. Un foco sobre la cara. Un visor transparente bajando frente a su boca.

—Respira con esto. Eso es. Así.

Álvaro quiso preguntar quién era, qué estaba pasando, por qué había gente en su casa, pero la lengua se le pegó al paladar. La garganta era una lija.

La ambulancia olía a desinfectante reciente y a electricidad. En el techo, una placa metálica vibraba con cada bache. En algún sitio sonaba un pitido que marcaba un ritmo ajeno al suyo.

Un sanitario le sostuvo la muñeca para tomarle el pulso. La pulsera de identificación rozó su piel. Álvaro alcanzó a ver un número impreso en negro, demasiado grande para una simple pulsera:

317.

—¿Qué es... eso? —murmuró, sin voz.

El sanitario no respondió. O quizá sí, pero el sonido se deshizo antes de llegar.

Cuando atravesaron la entrada de Urgencias, el hospital lo recibió como reciben los edificios que saben guardar secretos: con puertas automáticas que se abren sin emoción y cámaras que miran sin mirar.

Un celador empujó la camilla. No llevaba placa visible. Solo un reloj barato y, en el dorso de la mano, una marca diminuta, casi un lunar.

Un punto rojo.

Álvaro cerró los ojos un segundo y, al abrirlos, la luz del pasillo se había vuelto más fría. El mundo se estrechó a un túnel. Al fondo, una puerta con un cartel: UMI.

En el reloj de pared, la hora seguía siendo la misma.

03:17.

Y entonces, como si alguien pulsara un interruptor, la realidad se apagó.

CAPÍTULO 1 — 03:17

Lo primero que oyó fue un pitido que no le pertenecía.

No era el sonido limpio de una alarma; era un pulso mecánico, insistente, que se filtraba entre capas de sueño. Había otros ruidos: ventilación, ruedas en el pasillo, voces bajas que pronunciaban números sin mirarlo.

Cuando abrió los ojos, la luz lo golpeó como una moneda helada. Blanco por todas partes. Tubos. Un brazo de plástico que terminaba en una bolsa transparente. En la pantalla frente a él, una línea verde subía y bajaba con una disciplina ofensiva.

Intentó moverse. Una presión en el pecho le devolvió un dolor sordo y una tos que no llegó a ser tos: solo el reflejo de un cuerpo que recordaba cómo defenderse.

Una mujer con bata azul se inclinó sobre él. Tenía el pelo recogido y una manera de mirar que era mitad cansancio, mitad control.

—Álvaro. ¿Me oyes? Soy Leire. Estás en la Unidad de Medicina Intensiva. Respira despacio.

El nombre lo agarró por dentro. Leire. Vasca. Una coincidencia absurda, pensó. Una broma del cerebro.

—¿Qué... día...? —logró decir.

—Treinta y uno. Has pasado la noche mal, pero estás aquí. Eso es lo importante.

Álvaro quiso preguntar qué significaba “mal”, por qué le ardían los pulmones, por qué recordaba un punto rojo en una mano ajena. Pero la boca se le llenó de un sabor metálico. Solo pudo parpadear.

La enfermera ajustó algo en la vía y, antes de irse, le habló como se le habla a alguien que no debe asustarse:

—Si notas que la realidad se te mezcla, no luches. Es normal después de la sedación. Y recuerda una cosa: aquí dentro, a veces, el tiempo se queda quieto.

Álvaro tragó saliva. En la pared, el reloj marcaba 03:17.

—No... —susurró.

Leire siguió su mirada y, por un instante, su gesto se endureció. Solo un instante.

—Ese reloj está roto desde hace meses —dijo—. Nadie lo ha cambiado.

Álvaro no supo si era verdad o un consuelo. En el hospital, la diferencia entre ambas cosas era una línea delgada.

Más tarde, no supo si fueron horas o minutos, entró un médico con mascarilla. Habló rápido, técnico, como si enumerar términos fuera una manera de domesticar el miedo.

—Insuficiencia respiratoria aguda. Se sospechó infección. Se han hecho pruebas. Vamos paso a paso. Lo importante es que responde.

Álvaro asintió sin entender. Solo una frase le quedó clavada: “responde”. Como si él fuera un sistema.

Esa tarde, le dejaron ver a su padre por videollamada. La pantalla temblaba en manos de alguien. Un rostro envejecido más de lo que recordaba. Ojos que habían visto demasiadas banderas y demasiadas derrotas.

—Hijo... —dijo la voz—. Aquí estamos. Tu madre está conmigo. La tía Teresa también.

Detrás, una sombra se movió y una mano femenina se pegó al borde del móvil. Uñas cortas. Anillo simple. La presencia de su madre, aunque no se mostrara, llenó el plano.

—¿Dónde estás? —preguntó Álvaro, aunque la pregunta no tenía sentido.

—En casa. Como siempre. No pienses. Solo ponte bien.

Su padre respiró hondo, como si quisiera decir algo más, pero alguien a su lado tosió. La pantalla se movió. Una cara de mujer apareció un segundo: Teresa. Su tía. La hermana de su madre. Tenía los ojos demasiado abiertos.

—Álvaro —dijo Teresa—. Si te preguntan por... por el archivo, no digas nada. ¿Me oyes? Nada.

La imagen se congeló. Luego volvió. Su padre apartó el móvil.

—No hagas caso —dijo, nervioso—. Está asustada. Tú descansa.

El pitido volvió a imponerse. El mundo del hospital cerró la conversación como una puerta sin pomo.

Esa noche, Álvaro soñó que caminaba por un pasillo interminable. Puertas iguales. Un cartel al fondo: KILÓMETRO CERO. Y, al llegar, una cerradura con el número 317.

Cuando intentó meter la llave, la puerta se abrió sola.

Y al otro lado no había una habitación: había una oficina.

CAPÍTULO 2 — El pasillo de detrás

En UMI, el silencio no existe. Solo cambia de forma.

A veces era un silencio de tubos: un soplido constante, aire empujado con paciencia. Otras, un silencio de pasillo, roto por ruedas y puertas que se cerraban con un golpe amortiguado. Y, de vez en cuando, un silencio humano: el momento exacto en el que el personal miraba una pantalla y decidía no decir en voz alta lo que pensaba.

Al tercer día, le retiraron parte del soporte. Leire le explicó, con esa calma que no admitía discusión, que su cuerpo iba a tener que recordar cómo respirar solo.

—Puede que notes miedo —dijo—. El miedo, aquí, es un síntoma más. No te define.

Álvaro quiso preguntar por el número de su pulsera. Miró: ahora ponía su nombre completo y un código largo. No 317.

—¿Me cambiaron la pulsera? —preguntó.

Leire lo miró un segundo, como si evaluara si debía responder.

—Te han puesto la correcta —dijo al fin—. La otra era de... otro circuito.

—¿Qué circuito?

Leire no contestó. Ajustó la sábana, revisó la vía y se alejó con la prisa de quien ha dicho demasiado.

Esa misma tarde, un celador lo llevó a hacer una prueba. No era el de siempre. Este era más joven, demasiado pulcro, como recién salido de un catálogo. Empujó la cama sin hablar, con un movimiento suave, casi elegante.

En el ascensor, la luz parpadeó. Durante un segundo, el reflejo del celador en el acero parecía otro: más viejo, más delgado. Luego volvió a ser el mismo.

El celador levantó la vista y sonrió sin alegría.

—No mires el reloj —dijo.

Álvaro sintió que el estómago se le cerraba.

—¿Quién eres?

—Un trámite. Como tú.

El ascensor se abrió en un pasillo donde el suelo era más oscuro. A un lado, una puerta metálica con un lector de tarjetas. Al otro, un extintor. Encima, un cartel pequeño, casi escondido: “Acceso restringido”.

El celador pasó una tarjeta. La luz del lector se puso roja. Luego verde. Luego roja otra vez. Se detuvo un instante, como si esperara una señal. Finalmente, la puerta se abrió.

Al otro lado había una sala sin ventanas con un ordenador encendido. Solo uno. En la pantalla, una lista de nombres. Algunos tachados. Otros marcados.